

Año 4 N.º 186  
1979  
6-12  
Diciembre  
75 Ptas.

**Entreviu**

**El OPUS que no cesa**  
Búsquelos en las páginas amarillas

**BANDRÉS: «ETA ya  
no es necesaria»**

*La calva  
de la tele,  
a pelo*

**CASO  
BARET**  
Todas las  
claves de  
una estafa

**Tierno Galván**  
cuenta su  
noche de bodas

**SANTIAGO**  
Por qué estalla  
la universidad

**MARSILLACH**  
volvió mejor  
que nunca

EXCLUSIVA  
MUNDIAL

**La  
historia  
negra  
del Sha**

NULES (Valencia)

entreviu →

# La guerra de la sífilis



*Acusaron a los jóvenes naranjeros de llevar mugre y venéreas al pueblo, les insultaron y hasta les amenazaron con una pistola.*

Por FERNANDO ARIAS Fotos: JAIME FRANCO GARBI

*«¿No queremos hippies aquí! ¿Cómo van a trabajar estos hombres con esos pelos?», clamaba indignado Pascual Boré Rubio, de Villareal. «Yo les di cinco duros, pero creo que son gente que perjudica al pueblo y a la Humanidad entera», comentó Ramón Mancebo, de Nules. «Entran en los chalets, en las casas, son sucios y traen epidemias...» «Sí que hay trabajo —comentó una muchacha que no quiso dar su nombre para evitar represalias—; si una folla con un cabo-cuadrilla tiene trabajo para ella y cuatro más.» A un bilbaino se lo llevaron a la cárcel, a otro le amenazó un municipal con una pistola, un cura franciscano dijo que «se cagaban en las sábanas y ballaban encima de la mesa.» No quieren hippies, pero ellos se defienden: «No somos comuneros.» Les acusan de haber llevado al pueblo sarna y sífilis y eso es falso. Nadie les acusó, sin embargo, de no querer trabajar. Pero allí se armó la guerra, una guerra un poco especial...*



Hace muy poco, doce alcaldes de Castellón se reunieron para tratar «problemas sanitarios». Tal como la prensa lo difundió, el cónclave fue llamado de urgencia, ya que «un brote de sífilis y sarna» había irrumpido salvajemente en los pueblos de la localidad. Como colofón del encuentro, fueron encarados también otros problemas «menores»: la proliferación de hurtos, robos y escándalos, o sea, diversos atentados contra la propiedad y la vida privada de los lugareños.

Según las noticias propaladas, las ciudades donde «esta ofensiva contra la salud física y moral» se había ensañado más eran Nules y Villarreal. Sin embargo, cuando los dos hombres de INTERVIU se desplazaron durante tres días por estos centros urbanos, se dieron cuenta de que entre lo tratado por los alcaldes y la realidad había significativas diferencias, las suficientes como para que entre el dicho y el hecho se colara todo tipo de rumores. Y como es sabido, el rumor, cuando es manipulado por determinados intereses, suele convertirse en una plaga mucho más temible y agresiva que la sífilis y la sarna.

Como en todas las épocas de cosecha de la naranja, la región se veía de temporeros. Acosados por el paro, por la crisis económica y por todos los malos vientos que soplan, suelen venir a ofrecer sus brazos y su hambre al mejor postor. Muchos de ellos son muchachos y muchachas que la sociedad margina, que abandonan la ciudad como si ésta fuera el mal de los males y marchan hacia el campo con una visión fanta-



En el bar Miralles, de Nules, los jubilados matan el aburrimiento comentando los rumores. A falta de pan...



Temporeros en la playa de Nules. «Manos anónimas» les han quemado varias tiendas y sacos de dormir.

siosa, donde la necesidad económica se disfraza detrás de utopías y sueños sin demasiado futuro. Finalmente, a poco de andar de patrón en patrón, terminan más exprimidos que las naranjas que ayudan a cosechar. Y el cansancio y el rencor que traían bajo la piel, aflora con más fuerza que antes. Para los alcaldes de Castellón, esta erupción sólo es «sífilis y sarna». Allá ellos...

«Han cometido atrocidades, males contra la propiedad y todo tipo de atentados...», dice Maximiliano Tamboero, pensionista, antes de terminar su carajillo en el bar «Miralles», de Villarreal.

«Son jóvenes y van llenos de mierda», acota su compañero de mesa, un tal José Calpe.

Y el camarero del bar, como para no ser menos, agrega: «He oído que cuando no les daban lo que pedían, amenazaban con prender fuego a las casas... Ah, y el Tamaco contó aquí mismo que después de llevar a una chica de ésas a la playa en su taxi, ella le dijo que no tenía dinero y que, si quería, que se cobrara «en carne»... Así es, en carne... Para mí, que los echen del pueblo...».

«Se encerraron en la iglesia esos sarnosos», interviene de golpe otro parroquiano, un hombre mayor que ostenta una insignia de Fuerza Nueva. «Yo haría una isla para esa gente y la pondría a vivir allí como en un coto de caza.»

Luego, en la calle, alguien contó que este mismo partidario de la acción directa, consecuente con su carácter decidido, dos días antes se había ofrecido para desalojar a palos a los «sarnosos» encerrados en la

iglesia. También surgió, por supuesto, que este encierro había sido motivado por algunas detenciones practicadas por la policía entre los jóvenes temporeros, perdón, entre los jóvenes propagadores de la sífilis y la sarna.

En la calle también surgió otra punta del problema. «Ellos cogen pocas naranjas y lo hacen por escaso dinero. Para nosotros es un problema», dijo un trabajador, mientras sus compañeros, hombres de manos endurecidas por demasiadas cosechas, asentían en silencio. En este caso, la enfermedad más contagiosa que traían los temporeros era la competencia laboral en una época en que la naranja da cada vez menos fruto. Evidentemente, para los trabajadores de Castellón, el peligro no es la sífilis ni la sarna, ni tampoco los robos y los hurtos, que ellos tienen muy pocas cosas para cebar a la delincuencia.

«Se me cagaron en la terraza del chalet», afirma Paco Castelló, que ha trabajado mucho y duro en la naranja. «Iba a echarlos, pero los que se encontraban allí en ese momento respondieron muy bien. Lo limpiaron todo. Entonces, decidí dejarles la terraza. Algunos molestan, es cierto,

pero eso siempre ocurre en cualquier lugar. Siempre hay vagos y otros que trabajan...»

«NO SOMOS COMUNEROS»

Ni este Paco Castelló ni los demás que se apiñaban ante los reporteros de INTERVIU como si se tratara de marcanjos —para la gente sencilla, los hombres de prensa siempre parecen estar más allá del bien y del mal— supieron decirnos dónde se podía conversar con el taxista Tomaco. Pero la casualidad, que tiene menos contemplaciones —o más experiencia— con la prensa, permitió encontrarlo.

—¿Dónde podemos encontrar al taxista Tomaco?

—Hombre, si soy yo —respondió el parroquiano de otro bar, al tiempo que, como esperando la pregunta, se encogía de hombros—. No, nada de eso, no sé de dónde sacaron eso de que me cobré «en carne». La historia de la muchacha es un invento de no sé quién, algún bromista quizás...

En una calle próxima a la plaza de Villarreal, los jóvenes temporeros se dispusieron a dar su versión de los hechos. Paco Sánchez Robles, pintor entre otras cosas, fue muy concreto: «En primer lugar, no somos comuneros, como se dice. Esto no es una comuna, como tampoco lo era la vieja cárcel habilitada como albergue por el Ayuntamiento y Cáritas. Lo que ocurre es que no tenemos dinero para alquilar pisos y no tenemos más remedio que arreglarnos con lo que conseguimos.»

Sus compañeros relatan los acontecimientos que les llevaron a encerrarse durante dos días en la iglesia.

Itziar Retolaza, de Bilbao: «El día anterior, después de reunirse con otros colegas, el alcalde fue a inspeccionar un pub acompañado por guardias civiles con metralletas. Después de identificarlos, nos llevaron al Ayuntamiento y nos retuvieron allí cuatro horas tomándonos declaraciones...».

Paloma Uxua, guipúzcoana: «Nos preguntaron cosas mal intencionadas. Por ejemplo, dónde cogíamos, que si éramos aficionados a la droga. Enchironaron a varios extranjeros y a un chaval de Madrid. Luego supimos que a los extranjeros los deportaron... Y al día siguiente volvieron a coger gente en la casa abandonada de la huerta, donde también estaban alojándose algunos tempore-

ros que no tenían dinero para alquilar nada...».

José Esteban Altura, de Zaragoza: «El jueves se pidió la iglesia y nos la negaron. Dijeron que no era un lugar para actos políticos. Entonces decidimos que el viernes nos quedaríamos allí. Y nos quedamos, ¿qué íbamos a hacer? Apareció el vicario Juan Llido y al final nos la cedió. Estuvimos en la iglesia toda la noche y hasta las cinco de la tarde del sábado, cuando nos enteramos que habían liberado a los temporeros presos... Claro, no pudimos impedir que deportaran a los extranjeros...».

un vago y que no hacía nada. Yo le respondí que el que no hacía nada era él, que no sabía ni por qué llevaba el uniforme. Entonces sacó la pistola y me disparó varias veces.

«Y no tiraba al aire», acota Richard, mientras se coge la muñeca derecha como si apuntara, imitando el gesto del guardia. «No tiraba al aire...»

NEGOCIOS VARIOS

En la misma playa, Teresa Domínguez López cuenta cómo es tratada de puta mientras va por la



Juan Ramón Beltrán, de melena y barba, observa cómo sus compañeros Luis Arias y Richard Sanchis imitan al policía que le disparó. Por suerte, tenía mala puntería...

Paco Sánchez Robles añade nuevos datos: «Este verano se quedó gente que había trabajado en la naranja y que con los ahorros quería montar una tasca en la playa. Esta todo montado y hasta tenían la licencia oficial, pero de improviso el alcalde envió una nota en la que denegaba su permiso por amenazar de ruina a las casas y por actos inmorales. Decía que a esos peludos no les podía dejar actuar libremente...».

En la playa, donde se han ocupado terrazas de chalets y se han instalado tiendas de campaña, Juan Ramón Beltrán señaló el lugar donde se había producido un curioso incidente:

—Estaba lavando la ropa en el grifo de esa casa, que ahora han quitado. Un municipal me dijo que no utilizara el agua del grifo. Entonces, me fui a la ducha. Me siguió y me dijo que me largara de allí, que era

calle y cómo «hace apenas un ratito», uno de los guardias civiles que están con su Land-Rover en la playa, le preguntó a voz en cuello si no quería hacer una cama redonda con ellos, al tiempo que sus colegas uniformados soltaban la carcajadas.

«También en la pensión, Milagros, la dueña, no decía que nos quedaríamos allí, que ella se iba a encargar de enviarnos tios», relata Mercedes Martínez. «Que por cuatro caricias nos darian un montón de pelusos...».

Enrique Álvarez Ribera agrega otros ingredientes: «Cuando me tuvieron preso en la Cárcel Provincial de Castellón, tuve que vender mi cadena de plata al guardia para poder comprar bocadillos. Me moría de hambre. Vi que otros presos tenían que hacer lo mismo. Los comunes nos dijeron que ése era el negocio de los uniformados...».

En el Matadero Municipal de Vi-

llarreal, también habilitado como albergue, los temporeros narran sus historias.

Antonio Sánchez, de Valencia: «Estábamos viviendo unos veinte en una casa derrumbada. Entró la policía y empezó a darnos palos. Nos echaron tres días en el calabozo.»

Gervasio García Fernández: «El matadero de pollos nos cedió diez pollos pero el cura Mariano Martín, que se encargaba del reparto, sólo nos trajo dos. Nosotros éramos más de treinta temporeros. Y los empleados de Cáritas, pobrecitos, uno lleva coche, otro tiene casa-confort, y así todos...».

A todo esto, la prensa sólo recogió las declaraciones de Juan Bautista Carceller, alcalde de Villarreal. Muy culto, habló de las diferencias de mentalidad entre el campo y la ciudad, pero agregó «asaltos a navaja, tráfico de drogas, mendicidad a gran escala, vagancia y suciedad con inminente peligro de que los males se propaguen.»

Joaquín Coret, director de la Casa de Socorro y doctor del Ambulatorio de Villarreal, ha dicho concretamente: «Respecto al estado parasitario, pese a los rumores, yo no he visto nada. Ni piojos ni sarna. Ante los dimes y diretes, abrí un consultorio diario. No se presentó ningún caso. Ni tampoco de sífilis...».

Sin embargo, si alguien se propusiera estudiar en profundidad los «males» de Castellón, quizás descubriría que, por detrás de esta nube de rumores, temporeros y naranjas, los focos infecciosos son otros. Por ejemplo, a fuerza de elevar los aranceles desde el Mercado Común, el hundimiento del mercado de la naranja en Castellón tendría un objetivo bien específico: terminar con la huerta, arruinar a los agricultores y, de paso, desbrozar el terreno para que unas cuantas grandes empresas puedan montar allí su industria. A temporeros revueltos, ganancia de multinacionales.

Carmen Cotoñi, una inocente peluquera de Villarreal, propuso un remedio muy sencillo: «Estos jóvenes son pobres personas que buscan trabajo y no hay ni para los del pueblo. El Gobierno debiera hacer que tengan trabajo. Dar el retro antes, que tanto viejos como jóvenes pudieran vivir. De dar trabajo a la juventud, desaparecería la delincuencia...».

Por supuesto, a la reunión de alcaldes de Castellón la peluquera de Villarreal no fue invitada.